



VERDAD Y ANUNCIO DE LA FE

Hoja Semanal

Parroquia NTRA. SRA. REINA DEL CIELO

Año XIV
Nº 17
23.02.20

Domingo de la 7ª semana del Tiempo Ordinario

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt 5, 38-48)

Amad a vuestros enemigos

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

«Habéis oído que se dijo: *"Ojo por ojo, diente por diente"*. Pero yo os digo: **no hagáis frente al que os agravia**. Al contrario, si uno te abofetea en la mejilla derecha, preséntale la otra; al que quiera ponerte pleito para quitarte la túnica, dale también el manto; a quien te requiera para caminar una milla, acompáñale dos; a quien te pide, dale, y al que te pide prestado, no lo rehúyas.

Habéis oído que se dijo: *"Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo"*. Pero yo os digo: **amad a vuestros enemigos, y rezad por los que os persiguen**, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y manda la lluvia a justos e injustos.

Porque, si amáis a los que os aman, ¿qué premio tendréis? ¿No hacen lo mismo también los publicanos? Y, si saludáis solo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de extraordinario? ¿No hacen lo mismo también los gentiles? Por tanto, **sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto**».

1ª Lectura Del Libro del Levítico (Lev 19, 1-2. 17-18).

Salmo Salmo 102 (Sal 102, 1-2. 3-4. 8 y 10. 12-13).

2ª Lectura De la 1ª carta de San Pablo a los Corintios (1Cor 3, 16-23).

Visite nuestra web: www.reinacielo.com

Magisterio de la Iglesia:

¡Cristo vive!

Exhort. Apostólica «*Christus vivit*» del Santo Padre FRANCISCO (15)

ALGUNAS COSAS QUE LES PASAN A LOS JÓVENES

Los jóvenes reconocen que el cuerpo y la sexualidad tienen una importancia esencial para su vida y en el camino de crecimiento de su identidad. Sin embargo, en un mundo que enfatiza excesivamente la sexualidad, es difícil mantener una buena relación con el propio cuerpo y vivir serenamente las relaciones afectivas. Por esta y por otras razones, la moral sexual suele ser muchas veces «causa de incomprensión y de alejamiento de la Iglesia, ya que se percibe como un espacio de juicio y de condena». Al mismo tiempo, los jóvenes expresan «un explícito deseo de confrontarse sobre las cuestiones relativas a la diferencia entre identidad masculina y femenina, a la reciprocidad entre hombres y mujeres, y a la homosexualidad».



En nuestro tiempo «los avances de las ciencias y de las tecnologías biomédicas inciden sobre la percepción del cuerpo, induciendo a la idea de que se puede modificar sin límite. La capacidad de intervenir sobre el ADN, la posibilidad de insertar elementos artificiales en el organismo y el desarrollo de las neurociencias constituyen un gran recurso, pero al mismo tiempo plantean interrogantes antropológicos y éticos». Pueden llevarnos a olvidar que la vida es un don, y que somos seres creados y limitados, que fácilmente podemos ser instrumentalizados por quienes tienen el poder tecnológico.

En los jóvenes también están los golpes, los fracasos, los recuerdos tristes clavados en el alma. Muchas veces «son las heridas de las derrotas de la propia historia, de los deseos frustrados, de las discriminaciones e injusticias sufridas, del no haberse sentido amados o reconocidos». Jesús se hace presente en esas cruces de los jóvenes, para ofrecerles su amistad, su alivio, su compañía sanadora, y la Iglesia quiere ser su instrumento en este camino hacia la restauración interior y la paz del corazón.

En parte de la juventud reconocemos un deseo de Dios, aunque no tenga todos los contornos del Dios revelado y se puede vislumbrar un sueño de fraternidad. En muchos habrá un deseo real de desarrollar las capacidades que hay en ellos para aportarle algo al mundo. En otros habrá quizás una gran necesidad de comunicación. En muchos de ellos encontraremos un profundo deseo de una vida diferente. Se trata de verdaderos puntos de partida, fibras interiores que esperan con apertura una palabra de estímulo, de luz y de aliento.

Encuentro con Jesús

San Mateo 5, 38-48

Habéis oído que se dijo: “Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo”.

Pero yo os digo: amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y manda la lluvia a justos e



Amar es perdonar

El amor que Jesús nos invita a vivir como la ley fundamental de nuestra vida es universal. Para empezar, declara inválida aquella norma tantas veces repetida de “ojo por ojo y diente por diente”. Todos tienen alguna razón para seguir vengándose de los que les han hecho mal; pero lo que único que hemos conseguido así ha sido empantanar nuestra historia con sangre y guerras.

Ser Cristiano hoy

El Papa Francisco sobre el «Padre Nuestro» (12a/16)

Como necesitamos el pan, así necesitamos el perdón



12ª Catequesis (a) del papa Francisco sobre el «Padre Nuestro», impartida en la audiencia General del día 10 de abril de 2019 (extractos del texto original).

Después de pedir a Dios el pan de cada día, el «Padre Nuestro» entra en el campo de nuestras relaciones con los demás. Jesús nos enseña a pedirle al Padre: «*Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros hemos perdonado a nuestros deudores*» (Mateo 6, 12). Como necesitamos el pan, así necesitamos el perdón. Y esto cada día.

El cristiano pide a Dios ante todo que le perdone sus ofensas, es decir, sus pecados, el mal que hace. Esta es la primera verdad de cada oración: aunque fuéramos personas perfectas, aunque fuéramos santos cristalinis que no se desvían nunca de una vida de bien, somos siempre hijos que le deben todo al Padre. La actitud más peligrosa de la vida cristiana es la soberbia. Es la actitud de quien se coloca ante Dios pensando que siempre tiene las cuentas en orden con Él. Como el fariseo de la parábola, que cree que está rezando pero que, en realidad, se elogia ante Dios: «*Te doy gracias, Señor, porque no soy como los demás*». Mientras que el publicano, que estaba detrás, un pecador por todos despreciado, se detiene en el umbral del templo y no se siente digno de entrar y se confía a la misericordia de Dios. Y Jesús comenta: «*Os digo que este bajó a casa justificado y aquel no*» (Lucas 18, 14), o sea, perdonado, salvado. ¿Por qué? Porque no era soberbio, porque reconocía sus limitaciones y sus pecados.

Hay pecados que se ven y pecados que no se ven. Hay pecados flagrantes, que hacen ruido; pero también hay pecados tortuosos, que anidan en el corazón sin que nos demos cuenta. El peor es la soberbia, que también puede contagiar a las personas que viven una vida religiosa intensa. Había una vez un convento de monjas, en el siglo XVII, famoso, en la época del jansenismo: eran perfectísimas y se decía de ellas que eran purísimas, como los ángeles, pero soberbias como los demonios. Es algo muy feo. El pecado divide la fraternidad; el pecado nos hace suponer que somos mejores que los demás...

El pecado nos hace creer que somos similares a Dios.